

Roberta Johnson

Carmen Laforet y la amistad

Universidad de Kansas

Carmen Laforet poseía por lo menos dos grandes dones—el don de narrar y el don de la amistad—y sería difícil determinar cuál de estos dones le importaba más. Era una escritora dedicada, pero creo que en última instancia, si hubiera tenido que elegir entre uno y otro, habría elegido la amistad. Hasta diría que sin la amistad, no habría llegado a escribir las novelas que escribió, ya que el tema sirve de motivo para por los menos tres de sus cinco novelas largas. Yo tuve la gran fortuna de poder contar con la amistad de Carmen durante 28 años. Cuando estaba preparando un libro sobre su obra, la editorial Destino me proporcionó la dirección en Roma donde Carmen residía en un piso del encantador y bohemio barrio del Trastevere. Le escribí pidiéndole una entrevista, y, por mi suerte, me contestó y me concedió una serie de entrevistas durante una semana de junio en 1976. Carmen era una persona extraordinariamente intuitiva, y su método de elegir amistades funcionaba a base de la intuición. Me dijo que normalmente no abría ni contestaba cartas que llegaban de personas desconocidas, pero algo en mi letra le había atraído.

La primera vez que visité a Carmen en su piso del Trastevere llevaba mi lista de preguntas de investigadora de literatura, pero me sorprendió Carmen al decirme que si ella me iba a contar su vida, primero yo tenía que contarle a ella mi propia historia. Así, Carmen logró que trocamos los papeles, y yo resulté ser la entrevistada. De allí nació la amistad; desde el principio no éramos investigadora y autora, sino dos mujeres que

hablábamos de nuestras vidas, opiniones, esperanzas, y temores. Esta amistad duró el resto de la vida de Carmen, aunque en la última etapa se llevó por medio de su hija Cristina Cerezales. Nos vimos muchas veces en Madrid durante los años 80, cuando ella vivía en el pueblo de Majadahonda con su hija Cristina Cerezales, Toni Custodio, el esposo de ésta, y sus tres nietas, Clara, Fani y Andrea. Nos encontramos o en casa de Cristina y Toni o en el restaurante del Hotel Suecia donde casi siempre nos acompañaba algún otro amigo de Carmen (sobre todo Linka Babecka o Emilio Sanz de Soto).

También durante los años 80 organicé una serie de viajes a Estados Unidos para que Carmen diera conferencias en las universidades norteamericanas. En los intermedios entre los encuentros en Estados Unidos y Madrid intercambiamos cartas, más de 70 de las firmadas por Carmen guardo como si fueran de oro. No puedo calcular el número de veces que aparece la palabra “amistad” en estas cartas: *“Acabo de recibir tu carta del 18. Te contesto enseguida porque no sé cuándo llegará ésta a tus manos y porque tu amistad es tan cálida y buena y te siento tan cerca y te agradezco tanto lo que haces por mi en medio de tu trabajo! . . . Aparte de eso una carta tuya siempre siempre es una verdadera alegría para mí porque siento tu amistad (para mí la amistad es lo más importante del mundo) y tienes la mía incondicional”* (Carta inédita de Carmen Laforet a Roberta Johnson del 27 de octubre de 1982).

En una corta autobiografía de seis páginas mecanografiadas que Carmen me escribió durante mi estancia en Roma en 1976, dedica más de una página al tema de la amistad. De hecho, allí esboza toda una teoría de la amistad:

*El novelista D. H. Lawrence en una carta a Huxley, si no recuerdo mal, dice que él cree que existe una amistad jurada más profunda, más fuerte, más*

*indestructible que el amor y el matrimonio, una amistad que puede darse entre un hombre y otro hombre o entre dos mujeres o entre un hombre y una mujer, pero—añadía, ‘yo nunca he encontrado semejante amistad aunque sé que existe’. Puedo asegurar sin miedo a equivocarme en el punto de mi vida a que he llegado, que yo sí he encontrado semejante amistad. Y que me ha sido dada, no una, sino—para mi suerte—varias veces en mi vida. Estas amistades no desfallecen ni en la lejanía ni en los años. (manuscrito inédito, 1976)*

El concepto de la amistad que tenía Carmen salió de un profundo entendimiento de cómo funciona la psicología humana y las relaciones entre seres humanos. En la amistad no existen las divisiones que establecen la sociedad y la ciencia entre tipos de seres (a base de género sexual o clase social); en la amistad sólo cuenta el ofrecerse fiel y abnegadamente sin interés de ningún tipo. En la amistad el tiempo y el espacio se suspenden o se anulan. La amistad supera los obstáculos temporales, espaciales y psicológicos que estorban al ser humano en sus quehaceres diarios.

La amistad le abría a Carmen horizontes personales e intelectuales a los cuales las mujeres de su época (sobre todo durante la Guerra Civil y la época franquista) tenían difícil acceso. En la autobiografía que me preparó, escribe que

*De Canarias recuerdo a mis amistades y aún sigo siendo amiga de muchas compañeras de Bachillerato. El don de la amistad elegida libremente ha sido una de las riquezas de mi vida. Durante la guerra civil, la amistad con una joven profesora de literatura, Consuelo Burell, que venía de Madrid y había estudiado en el Instituto Escuela, fue muy importante para mí. Ella me habló de la inquietud intelectual de la preguerra en la universidad, me descubrió la importancia de la*

*Institución Libre de Enseñanza en nuestra cultura, me contó anécdotas de escritores, de profesores eminentes que eran sus amigos o padres de sus amigos. Deseé conocer a todas aquellas gentes, admiré y quise antes de conocerlas a muchas personas cuya amistad cuando llegué a Madrid me parecía, y me sigue pareciendo, un honor y a otros a los que nunca llegué a conocer personalmente porque fueron exiliados desde la terminación de la guerra civil. (manuscrito inédito 1976)*

Durante un viaje a Estados Unidos en 1965 como invitada del Departamento de Estado, Carmen conoció a uno de estos exiliados, Ramón Sender, con quien estableció una amistad que se desarrolló de forma epistolar—dos escritores en situaciones difíciles que se escribían y se consolaban (ver Carmen Laforet y Ramón J. Sender. *Puedo contar contigo: Correspondencia*, editado por Israel Rolón Barada, Barcelona: Destino, 2003).

Pero mucho antes de 1965 Carmen había encontrado en la amistad la mejor manera de superar las dificultades que presenta la vida:

*En 1939, recién terminada la guerra civil, fui a Barcelona para estudiar en la Universidad. Encontré la ciudad hambrienta que he descrito en Nada. Pero el hambre no era capaz de quitarme la alegría de vivir. Barcelona fue maravillosa para mí. El don de la amistad es mi riqueza como acabo de escribir aquí. A través de cada amigo descubro un mundo nuevo. Y había muchos mundos que descubrir. Tenía yo amistad con muchachos catalanes que habían sido evacuados a Francia al final de la guerra civil y habían vuelto después de comenzar sus estudios universitarios en Montpellier empujados en este regreso por la guerra europea. Entre ellos y centrando aquel grupo con su personalidad: una muchacha, Concha*

*Ferrer, cuya amistad, hoy, treinta y tantos años después, sigue teniendo la misma fuerza, seguridad y encanto que entonces para las dos. A Concha la encontré estudiando ella, por segunda vez, su Bachillerato después de haber asistido a la Universidad en Francia. Su título de Bachillerato catalán no servía para los estudios oficiales de entonces. Estudiaba con espíritu deportivo y voluntad de hierro. Trabajaba unas horas por las mañanas. Solíamos reunirnos ella y yo en el Ateneo con sus amigos y una vez por semana ella nos llamaba a todos para que fuésemos a su casa. Era que había llegado el paquete, que, sorteando toda clase de dificultades, le enviaba su familia. Un paquete con embutidos, queso, golosinas y un enorme pan blanco—el mayor lujo en aquel tiempo—para que Concha reforzase su alimentación, que la familia imaginaba (con toda razón) que era deficientísima. Aquel paquete se abría una vez a la semana en la salita de Concha y desaparecía en diez minutos, consumido por todos nosotros y regado con un porrón de vino. Luego se hablaba en catalán—que yo entendía pero mi pereza me impedía hablar—del antiguo reino de Cataluña y de otras cosas y problemas, de los que yo me iba enterando. (manuscrito inédito 1976)*

En Barcelona, donde Carmen vivía con unos familiares no muy agradables, las amistades llegaron a sustituir a la familia:

*Dos de estas amistades las encontré en Barcelona en el año cuarenta. Una es Concha. La otra es Linka, que había llegado a Barcelona por primera vez al mismo tiempo que yo; pero ella huyendo con su familia de la invasión alemana y rusa en Polonia. La familia de Linka fue desde el primer momento mi segunda familia, mi familia de adopción mutua. Vivían en la calle de Montcada en una*

*casa propiedad de la familia catalana de Linka. Aquellos barrios de alrededor de Santa María del Mar los he recorrido centenares de veces. Con mi familia polaca vivía yo pendiente de los avatares de la guerra europea. Yo estaba segura—y Linka también—del triunfo aliado y de que luego se abrirían las fronteras, se llenarían las panaderías de pan y las librerías de libros, interesantísimos, y todo seguiría su curso. Por el momento el mundo entero estaba militarizado y era peligroso. Pero el peligro también es una aventura. Aún me dio Barcelona otro mundo de conocimiento. No recuerdo por qué circunstancia me encontré reunida muchas tardes en una tertulia que se hacía en el palacio de la Virreina que era el centro de la recuperación artística de postguerra. Estos amigos que se reunían allí (casi todos pintores en ciernes) cumplían su servicio militar en estas tareas. No sé si me equivoco pero me parece que yo era la única chica que solía reunirse allí con aquellos muchachos. Alguna vez Linka vino conmigo. (manuscrito inédito 1976)*

Después de trasladarse a la Madrid para vivir con la familia de su madre y seguir los estudios en la Complutense, seguía viéndose con Linka y su familia, que también se había trasladado a la capital. Tanto en Madrid como en Barcelona la amistad era para Carmen el compañerismo y la aventura:

*Linka y yo comenzamos a ‘hacer turismo’, unas veces solas, otras con Pedro el novio y luego el marido de Linka. Tomábamos alguno de los trenes—siempre abarrotados—que salían hacia las ciudades vecinas. Algunas veces, al llegar a nuestro destino, hemos tenido que descolgarnos por una ventanilla al andén, tan llenos iban, no sólo los compartimentos sino los pasillos, de gentes y maletas y*

*sacos con comestibles y gallinas vivas que a veces se escapaban cacareando de las bolsas de paja en que iban metidas. Todo aquello nos parecía el precio, nada caro, de la alegría que íbamos a recibir descubriendo las viejas ciudades castellanas y los campos que las rodeaban. (manuscrito inédito 1976).*

Seguía la amistad con Linka, a quien con su esposo está dedicada su primera novela *Nada*, durante sus años de matrimonio y madre de familia. Y en 1967, cuando fue invitada por la revista *Actualidad* a viajar a Polonia para hacer unas crónicas de viaje, fue acompañada de su entrañable amiga Linka con quien disfrutó de nuevo la alegría y el espíritu de aventura con que habían emprendido los viajes en tren por el campo castellano en los años 40.

Los viajes a Estados Unidos que yo le organicé a Carmen en los años 80 para dar conferencias en universidades norteamericanas me ofrecieron a mí la oportunidad de experimentar el aire de aventura y amistad que Carmen había compartido con tantos amigos en España. Siempre que íbamos en coche de universidad en universidad o para visitar a algún profesor que nos había invitado a ver un punto de interés en el área, estábamos riéndonos de las equivocaciones de camino, de la gente pintoresca que vimos y de pasadas aventuras que habíamos disfrutado juntas, ahora contadas con detalles y giros que las hacían medio literatura fantástica. Con Carmen la amistad siempre incluía el contar historias—la historia personal de uno, los momentos vividos juntos en el pasado, y las historias de otros amigos, familiares y conocidos.

Una vez que Carmen te aceptaba como amiga, haría cualquier cosa por ti—intentar conseguirte lo que fuera por medio de familiares u otras amistades, acompañarte a donde fuera, esperarte horas y horas en el aeropuerto. En una carta que me escribió

poco antes de llegar a Estados Unidos para emprender una gira de conferencias, cuenta de una vez que esperó a Linka 8 horas en el aeropuerto de Roma:

*...Y yo con mi distracción puede que tampoco atine a verte...! (un día en el aeropuerto de Fiumicino [Roma] estuve equivocándome con una serie de pasajeras que llegaban, mientras esperaba a Linka [mi amiga a quien nunca he dejado de ver desde el año 40] y cuyo avión se retrasó 8 horas... lo cual me enloqueció ligeramente... hasta el punto que llegué a perseguir a una señora que resultó ser luego de nacimiento holandesa y que quedó asustada cuando me acerqué a ella mirándola fijamente...!!!)* (Carta del 7 de abril de 1982 de Carmen Laforet a Roberta Johnson).

Parece que los aeropuertos eran el local destinado para poner bajo prueba la fidelidad de Carmen con los amigos. Una vez que yo estuve en un viaje de investigación en España, Carmen y su hija Cristina me invitaron a quedarme unos días en su casa. Carmen desalojó su propia comodísima habitación en la planta baja para que yo pudiera instalarme allí, y ella se trasladó a la alcoba de una de sus nietas. Yo había volado con una compañía charter a la que tenía que llamar una semana antes del vuelo de regreso para confirmar mi reserva. Al hablar con la compañía, me informaron que, como era el fin de la época turística y había menos pasajeros, era posible que tuvieran que cancelar el vuelo, pero que volviera a llamar otro día para saber lo que había. Volví a llamar tres días seguidos sin recibir una respuesta firme sobre el vuelo. Entonces Carmen declaró que me iba a acompañar al despacho de esta compañía en el centro de Madrid y allí ella misma les confrontaría a los encargados, y así se hizo. Frente a la formidable insistencia de Carmen, arreglaron que yo volaría con Iberia el mismo día que originalmente tenía

previsto para regresar a mi país. Los agentes me dijeron que estuviera en tal mostrador de Iberia a tal hora y que estaría allí un representante de la compañía charter para facilitar que me dieran la tarjeta de embarque.

El día del viaje Carmen, Toni Custodio, y su hija Clara me llevaron a Barajas y se instalaron conmigo en el lugar que nos habían indicado. Toni hablaba con medio mundo para ver si me dejaban subir al avión, cuando por fin llegó el prometido agente de los vuelos charter. Resultó que no había asiento libre en el vuelo de Iberia, pero a insistencia de Toni y Carmen, a muy última hora me dejaron pasar a la sala de espera a ver si algún pasajero dejara de aparecer y yo pudiera subir. Yo me despedí de mis queridos amigos y después de que todos los pasajeros con tarjeta de embarque habían subido al avión y casi iban a cerrar la puerta para el despegue, me dejaron subir porque había quedado un asiento en primera clase. Yo supuse que Carmen y Toni habían regresado hace mucho a su casa en Majadahonda, pero luego me escribió Carmen que ellos habían esperado más de tres horas fuera de la puerta donde yo había entrado, intentando saber si yo había logrado entrar en el avión. Al principio los agentes les dijeron que yo no había conseguido asiento, y seguían esperando hasta que por fin alguien les informó que horas antes yo había salido con el avión. Este incidente se añadió a muchos otros que Carmen y yo habíamos compartido para formar parte de nuestra historia como amigas; riéndonos, lo recordábamos en subsiguientes encuentros y cartas.

Carmen no sólo vivía la amistad, la escribía. Como comenté al principio de esta comunicación, la amistad forma el eje de varias de sus novelas, sobre todo de la primera *Nada* (1945) y de las últimas dos—*La insolación* (1963) y *Al volver la esquina* (2004). El aspecto de su teoría de la amistad que más se destaca en estas tres novelas es que la

amistad perdura, que supera el tiempo y el cambio. De alguna manera la amistad logra anular los efectos que suele operar el tiempo en la vida humana. En *Nada*, la vida de la protagonista Andrea cambia radicalmente cuando conoce a su amiga Ena en la universidad. La amistad entre las dos adolescentes pasa por una serie de altibajos, pero se mantiene y resulta ser más duradera y más importante (por lo menos para Andrea) que sus relaciones familiares. Como Carmen, Andrea está dispuesta a todo por su amiga. Cuando no tiene dinero para comprarle un regalo a Ena para agradecerle todos los favores que le ha hecho, le regala el finísimo pañuelo que le había dado su abuela por su primera comunión. La reacción violenta de la familia al saber del regalo es la primera lección que recibe Andrea de lo desagradable que puede ser la humanidad, pero se mantiene firme en su acto generoso y se niega a pedir que Ena le devuelva el pañuelo. Al final de la novela, cuando su tío Román, de carácter volátil y violento, parece estar amenazando a Ena con una pistola, Andrea se tira contra él para que su amiga pueda salir corriendo de la casa.

Las primeras dos partes de la proyectada trilogía *Tres pasos fuera del tiempo* también se basan en una amistad que dura a lo largo de muchos años y que va evolucionándose y madurándose. En *La insolación* el protagonista Martín Soto conoce a Carlos y Anita Corsi en un pueblo de veraneo y mantiene una relación con ellos durante tres veranos seguidos. Es importante que estos amigos sean extranjeros, porque le introducen a Martín a una forma de vida más libre de la que ha conocido hasta entonces en la España franquista de los años 40. Cuando en *Al volver la esquina* Martín vuelve a encontrarse con Carlos y Anita en Madrid en 1950, reanudan su relación casi como que no hubieran pasado ocho años desde su último veraneo en la costa. Ahora adultos y con más experiencias a cuestas, se ayudan mutuamente en una serie de problemas que se les

presenta la vida, y por medio de este reencuentro con sus amigos de la juventud el protagonista se descubre a sí mismo.

En *Nada*, *La insolación* y *Al volver la esquina*, Carmen Laforet unió en una simbiosis perfecta sus dos grandes talentos—el de la amistad y el de narrar. La amistad es el hilo que entrelaza los episodios de estas novelas laforetianas, igual que la amistad vinculaba las diferentes etapas de la vida de la autora.